

NACIMIENTO Y DESARROLLO DEL TURISMO EN BIARRITZ DURANTE EL SEGUNDO IMPERIO*

Pierre Laborde

Universidad Michel de Montaigne-Burdeos III

A principios de la segunda mitad del siglo XIX Biarritz consta ya entre las estaciones balnearias famosas, a pesar de carecer del renombre de los centros de veraneo de la Mancha próximos a Londres y a París. Con el Segundo Imperio su posición aumentó considerablemente. El hecho de que los soberanos la escogieran para venir regularmente hizo de Biarritz un lugar de estancia solicitado por la Corte, por la aristocracia y por la burguesía industrial o rentista de toda Europa, uniéndose así a la tradicional clientela local y regional. El Ayuntamiento participó en esta empresa y se esforzó en transformar el pueblo, el cual se convirtió en uno de los principales centros de veraneo balneario de Europa, llegando a adquirir así una fisonomía urbana.

1. Condiciones de la creación y de la expansión del turismo

La emergencia del turismo en Biarritz se produjo lentamente y por la transformación de antiguas prácticas, hasta que dos acontecimientos especialmente importantes le dieron un gran impulso, a saber: la adopción de Biarritz como centro de veraneo imperial y el establecimiento del ferrocarril. Habría que añadir, además, una coyuntura muy favorable, debido a que el Segundo Imperio representa un período que conoció un éxito completo en el plano económico, ya que el comercio aumentó, el desarrollo industrial estaba en plena evolución y los negocios eran florecientes.

* Traducción del francés realizada por Carlos Larrinaga Rodríguez.

Práctica muy antigua para los pobladores del litoral, el baño era desconocido por los habitantes de las ciudades, para quienes la orilla del mar era sólo un lugar de excursión y un objeto de contemplación. Pero a partir de 1750 médicos e higienistas, sobre todo ingleses, empezaron a alabar las virtudes terapéuticas del agua del mar y a promocionar los baños fríos. Una carta datada en 1765 precisa que los baños de mar eran famosos en Biarritz, aunque no existía aún ningún establecimiento de baños, si bien para entonces se habían abierto ya los primeros en Brighton, en Margate y en la isla de Wight, en Inglaterra, así como en el mar Báltico en Alemania.

La existencia de una aristocracia rentista, el ascenso de la burguesía, la búsqueda de un cierto «exotismo» y el desarrollo de la vida urbana estimularon las estancias al borde del mar y las curas marinas. Cada temporada traía, pues, sus enfermos, sus paseantes y sus curiosos. De año en año, y sobre todo desde 1830, la afluencia creció y los bañistas empezaron a llegar de lejos. «On se baigne à Biarritz comme à Dieppe, comme au Havre, comme au Tréport, mais avec je ne sais quelle liberté que ce beau ciel inspire et que ce doux climat tolère. Des femmes coiffées du dernier chapeau venu de Paris, enveloppées d'un grand châle de la tête aux pieds, un voile de dentelle sur le visage, entrent en baissant les yeux dans une de ces baraques de toile dont la grève est semée; un moment après, elles en sortent, jambes nues, vêtues d'une simple chemise de laine brune qui souvent descend à peine au-dessous du genou, et elles courent en riant se jeter à la mer. Cette liberté ... a sa grâce. Les filles du village et les jolies grisettes de Bayonne se baignent avec des chemises de serge, souvent fort trouées, sans trop se soucier de ce que les trous montrent et de ce que les chemises cachent...»¹. Después el carácter cosmopolita de la clientela se acentuó a partir de 1840.

Así, Biarritz se aprovechó de la moda de los baños de mar, pero también de la búsqueda de un «lugar de placer» por aquellas personas que simplemente querían distraerse. A partir de entonces el ritmo de las estaciones quedó establecido y los ritos de utilización de las playas y de los paseos a lo largo del mar quedaron igualmente fijados. Durante el verano una gran animación se apoderaba de Biarritz, que se llenaba con la llegada de gran cantidad de gente. Podríamos hablar entonces de un vaivén incesante de paseantes que, del puerto viejo al faro, formaban

¹ V. Hugo, *En voyage. Alpes et Pyrénées, France et Belgique*, Hetzel et Quantin, Paris, 1880-1882, p. 343.

una hilera continua y multicolor de gentes ociosas, de curiosos y de personas que se pavoneaban. Hacia finales del mes de septiembre la clientela se hacía cada vez más rara. Sin embargo, los ingleses se bañaban aún hasta el mes de octubre. Después llegaba el invierno. Una buena parte de las casas se cerraba y las calles se vaciaban, de suerte que Biarritz volvía a su calma y a su manera de vivir pueblerina, sólo en cierta medida turbada los domingos. De esta forma, esta localidad no se transformaba de nuevo progresivamente hasta el final de la primavera.

El éxito de Biarritz repercutía también en las localidades vecinas que buscaban acoger veraneantes, ya que los obstáculos a la pesca de altura en los caladeros de Terranova, como se había dado en los siglos precedentes, y el declive de la pesca de bajura hacían su vida cada vez más difícil, siendo la mar su única y mediocre fuente de recursos. En cualquier caso, no vamos a insistir demasiado en este trabajo en el comienzo del turismo balneario durante estos años. Este movimiento se caracterizó hasta mediados del siglo XIX por ser espontáneo en cierta medida y en gran parte regional, solamente respaldado por las municipalidades, hasta que durante el Segundo Imperio alcanzó su dimensión nacional e internacional.

Tanto en Inglaterra (los hermanos de Guillermo IV en Brighton) como en Bélgica o en Alemania (el rey de Prusia en Colberg) o en Dieppe (la duquesa de Berry), los soberanos y sus familias, los aristócratas o los burgueses estuvieron en el origen de la creación de los principales centros de veraneo marítimos. Fue la decisión de Napoleón III y de la emperatriz Eugenia de alojarse en verano en Biarritz la que creó las condiciones para un verdadero desarrollo turístico.

Al año siguiente de su boda y por invitación del Ayuntamiento, los soberanos llegaron a Biarritz. La estancia del emperador duró del 21 de julio al 19 de agosto de 1854 y la de la emperatriz se prolongó hasta el 19 de septiembre. «Ce voyage et ce séjour dans la commune feront époque et seront un événement memorable pour tous» pronosticaba el alcalde Pierre Duprat. En un mes Napoleón III descubrió Biarritz y sus alrededores. Prendido por el sitio y deseoso de complacer a su mujer, decidió la construcción de una residencia de verano. Las obras empezaron enseguida y fueron acabadas para cuando la emperatriz regresó el 28 de julio del año siguiente. «Villa Eugenia» fue construida en piedra y en ladrillo, con una planta baja y un piso. No tenía nada de palacio de un emperador, pero, sin embargo, le sirvió de residencia durante once veranos de los catorce años transcurridos entre 1855 y 1868. Estaba ubicado a corta distancia de la localidad, sobre un pequeño promontorio y al borde de una gran playa hasta entonces poco frecuentada.

La proximidad de España fue una baza esencial en el desarrollo de Biarritz, ya que la emperatriz Eugenia, de origen español, había ido allí siendo niña cuando la guerra carlista obligó a su familia a trasladarse a San Sebastián. Además, por la misma época, la reina Isabel II escogió esa localidad guipuzcoana para tomar los baños de mar bajo prescripción médica, después de haber estado en Zumaya. La presencia de la reina contribuyó precisamente a que San Sebastián se convirtiera en un centro de veraneo. En 1850 era ya una pequeña ciudad de 15.000 habitantes, pero todavía no era una gran estación balnearia, a pesar de la existencia de casetas desde finales del siglo XVIII. «Depuis Biarritz jusqu'à Santander, toute la côte de Biscaye sert de rendez-vous aux Espagnols désœuvrés qui viennent y savourer l'air, la fraîcheur et la marée. Il y a vingt ans, Biarritz n'était presque rien, un petit hameau, refuge de pauvres pêcheurs; aujourd'hui c'est une ville longue d'environ quatre kilomètres... Les bains de Bilbao, de Santander, surtout ceux de Santander rivalisent avec les bains de Biarritz. Quantité de Madrilénes y passent la saison des chaleurs, attirés par un bien-être, une confortable élégance qu'on ne trouve nulle part ailleurs en Espagne»². Su importancia le vino algunos años más tarde, aunque la mayor parte de sus visitantes eran nacionales, mientras Biarritz se convirtió rápidamente en una estación internacional. ¿Puede atribuirse esta diferencia a una más importante posición política de Francia en Europa, en comparación con la de España? ¿A una actividad diplomática de Napoleón III más intensa? ¿O a la situación muy excéntrica de España? Sea lo que fuere, hay que reconocer, no obstante, que muchos españoles aspiraban no sólo a visitar, sino también a vivir en San Sebastián y la alta sociedad madrileña se hizo construir residencias porque vivía allí varios meses al año.

Lejos de los grandes núcleos de población y actividad y lejos igualmente de las grandes ciudades y de las capitales, la aceleración y extensión del turismo no habrían sido posibles sin el establecimiento del ferrocarril. Este llegó a Dax en 1854 y al año siguiente a las puertas de Biarritz, a Bayona, colocándola a quince horas de París, cuando antes el viaje duraba más de ocho días. Fue una revolución considerable, ya que este modo de transporte trajo también consigo un aumento de los desplazamientos, orientándolos fácilmente hacia las ciudades-balneario, especialmente en verano. Desde 1858 la Compañía del Midi organizó

² E. BÉGIN, *Voyage pittoresque en Espagne*, cité in B. et L. BENASSAR, *Le voyage en Espagne*, Robert Laffont éd., Paris, 1998.

los llamados «trains de plaisir» entre Burdeos y Bayona. Pero fueron necesarios diez años para construir los 35 kilómetros que separan Bayona de Hendaya y la frontera española. Mientras, los viajeros descendían en Bayona, donde un ómnibus a caballo partía hacia Biarritz cada hora durante la semana y cada media hora los domingos, invirtiendo en el trayecto cuarenta minutos. En 1865, por primera vez, Napoleón III pudo continuar su viaje hasta la estación de Biarritz, levantada en el barrio de La Negrésse, ya que los ingenieros escogieron un trazado fácil, evitando que el ferrocarril atravesara el centro de la estación balnearia. En España, por su parte, la unión entre Madrid e Irún estuvo acabada para 1864, de suerte que el tiempo que se tardaba entre la capital y San Sebastián se redujo de dos días y medio a uno sólo. La unión entre Madrid y París fue una realidad desde mediados de agosto de 1864. Por lo tanto, en ausencia del ferrocarril, el turismo habría estado limitado a muy pocas personas.

2. La «construcción» de la estación balnearia

La llegada de extranjeros³ transformó radicalmente Biarritz y toda la sociedad participó en ello. Las sucesivas autoridades municipales crearon los establecimientos de baños y acondicionaron la ciudad en gestación, el emperador aportó contribuciones financieras y proyectó la creación de un puerto y los negociantes, los turistas mismos y los habitantes tuvieron iniciativas, abrieron establecimientos de distracción y construyeron alojamientos.

Al principio en la práctica de los baños sólo se necesitaba un equipamiento mínimo. Bastaba con unas cabinas o unas tiendas, aunque éstas pronto resultaron insuficientes para los visitantes que frecuentaban Biarritz. Así, éstos empezaron a reclamar cabinas de baños, más acordes con sus propias costumbres. El prefecto también intervino entonces para poner orden en la playa y debido a la proximidad de la residencia imperial. En 1858 el Ayuntamiento decidió construir un establecimiento denominado «Bains Napoléon», inaugurado el primero de agosto de 1859 y comparable a los de las grandes estaciones termales de la Mancha tanto por sus dimensiones, como por el tipo de construcción. Este fue el primer edificio de su clase construido en toda la costa atlántica.

³ El término «extranjero» está utilizado en el sentido de extraño a un lugar, sin consideración de nacionalidad.

Para los bañistas que utilizaban el Puerto Viejo, la playa que había sido frecuentada con anterioridad a la llegada de los soberanos, se erigió un segundo establecimiento en 1859. Unos años más tarde, en 1865, le llegó el turno a la Côte des Basques, la tercera playa. A estos tres establecimientos municipales, uno por cada playa, hay que añadir otros dos más privados, especializados en baños calientes.

No obstante, existe otro edificio que muy rápidamente llegó a ser indispensable en el funcionamiento de una estación balnearia y en el empleo del tiempo del veraneante, el casino. El primero se construyó en Brighton en 1823. En Francia no hay constancia de la existencia de un casino con anterioridad a 1855 y Biarritz figura entre las primeras estaciones balnearias que llegó a contar con uno. En este caso el Ayuntamiento tomó la iniciativa y vendió a una persona de fuera de la localidad, Montfort, un terreno comunal situado sobre un acantilado enfrente de la Villa Eugenia y próximo al Gran Hotel. Así, el casino Bellevue abrió sus puertas en 1858. Según reza el artículo primero de su reglamento, «il est établi dans le but de faciliter les relations de société et d'offrir aux nouveaux étrangers qui viennent passer la saison de s bains de mer un séjour agréable». Tenía salas de lectura y de billar, una sala de espectáculos, otra de juegos y un salón de música.

El número considerable de visitantes que llegaban a Biarritz puso sobre el tapete el problema de su alojamiento. Era necesario instalar al cortejo del emperador y de la emperatriz, que era numeroso: damas de honor, chambelanes, ayudas de campo, secretarios, médicos, etc., sin contar soldados, caballeros y gendarmes, así como los miembros de una banda militar y los marines de una escuadra anclada fuera. La presencia del emperador conllevaba un desplazamiento a Biarritz de ministros, generales y mariscales, al mismo tiempo que atraía a una parte del cuerpo diplomático y a algunos soberanos extranjeros. Lógicamente todas estas personas necesitaban un lugar donde alojarse. Primeramente fueron construidos varios hoteles. El principal, llamado Hotel Gardères, fue abierto en 1855 y se situaba sobre un acantilado que domina la Côte de l'Impératrice, enfrente de Villa Eugenia. Dos años más tarde fue agrandado y transformado y tomó el nombre de Gran Hotel. En las calles próximas se crearon otros hoteles, con nombres tan significativos como Hotel de los Príncipes, Hotel de Europa, Hotel de París, Hotel de Francia, Hotel de los Embajadores, Hotel Bristol, etc., los cuales llegaron a ser a su vez importantes establecimientos. Los más grandes tenían varias decenas de habitaciones, capacidad a veces necesaria para acoger a aquellos visitantes que venían acompañados de un cortejo numeroso, tal como fue el caso del príncipe de Oldemburg, quien se insta-

ló en julio de 1859 en el Hotel de los Embajadores acompañado de cincuenta personas.

Existía también toda una gama de pensiones familiares, de casas amuebladas y de chalés en alquiler donde algunos visitantes preferían instalarse. Desde esta época, más de cien propietarios locales (médicos, bañeros, pescadores, viudas, etc.) ofrecían alojamientos amueblados. En fin, otras personas se hicieron construir una casa para sentirse más cómodas y para alquilarla cuando ellas no la ocuparan. De hecho, cada temporada se levantaban nuevas construcciones, prácticamente de una veintena por año. Así, en 1851 estaban registradas en Biarritz 366 casas y en 1872 645. Este crecimiento originó un aumento considerable del precio del suelo, de suerte que éste se multiplicó por diez entre 1850 y 1854, es decir, antes de la decisión de los soberanos de tomar los baños en esta localidad. Al cabo de algunos años, «*Biarrits a une foule d'hôtels confortables dont il serait difficile d'énumérer le nombre puisque chaque jour on forme de nouveaux établissements de ce genre; les maisons particulières qui louent, ne le cèdent en rien aux hôtels sous le rapport du confort; elles sont pittoresquement groupées, sans la moindre régularité, l'une en haut, l'autre en bas*»⁴. La casi totalidad de las 279 casas fue edificada entre la playa de la Emperatriz y el Puerto Viejo, que se convirtió así en el corazón de la estación. Algunas otras se levantaron al sur, ya que Villa Eugenia estaba situada en medio de un extenso parque de quince hectáreas que impedía el crecimiento hacia el norte.

Así, en varios años Biarritz llegó a ser, según la «*Illustration*» de 1858, «*un charmant village à la fois élégant et rustique, aux petites maisonnettes badigeonnées, ornées de persiennes vertes (d'où surgissent de véritables monuments (les hôtels) et les plus délicieuses villas*». Como consecuencia de todo ello los comercios se multiplicaron y diversificaron. Y como la antigua iglesia parroquial estaba muy lejos de la villa, una capilla dedicada a Santa Eugenia fue levantada en 1856 sobre el puerto de los pescadores y para el servicio de la familia imperial. Se trataba de la capilla de Nuestra Señora de Guadalupe, construida en el parque de la mansión de los soberanos. En 1861 la presencia de numerosos ingleses hizo necesaria la edificación de una iglesia anglicana gracias a una donación del emperador.

Por supuesto, las distintas corporaciones municipales no permanecieron inactivas, ya que participaron igualmente en la transformación

⁴ Ch. HENNEBUTTE, *Guide du voyage de Bayonne à Saint-Sébastien*, Lamaignère, Bayonne, s. d., p. 309.

de Biarritz, que de ser un simple pueblo de pescadores y agricultores se convirtió en un importante centro de veraneo. Su población más que dobló entre 1851 y 1872, al pasar de 2.048 a 4.764 habitantes. Esta actuación se inició ya con la Restauración, pero, sobre todo, durante el Segundo Imperio, cuando esta mutación fue más manifiesta. Los alcaldes Jean-Henry Adéma (1857-1862), Pascal Pourquié (1862-1864) y Pierre-Paul Jaulerry (1864-1871) acondicionaron y embellecieron esta estación balnearia con el apoyo de Napoleón III, quien se interesó por los asuntos de esta ciudad que entonces nacía.

Las calles fueron pavimentadas e iluminadas con gas. Aunque la vialidad no siguió ningún plan establecido, de forma que «les rues de Biarritz serpentent au hasard, tantôt largues, tantôt étroites... La fantaisie a tout dirigé: on monte, on descend, on revient sur ses pas, rien n'est aligné, rien n'est nivelé»⁵. Se colocaron fuentes y se levantaron barandillas de madera en los caminos que conducían a las playas. En fin, se cumplieron las premoniciones de Víctor Hugo, quien visitó Biarritz en 1843 y llegó a escribir: «Bientôt Biarritz mettra des rampes à ses dunes, des escaliers à ses précipices, des kiosques à ses rochers, des bancs à ses grottes. Alors Biarritz ne sera plus Biarritz; ce sera quelque chose de décoloré et de bâtard»⁶.

Pasear era la gran distracción de los bañistas. Para algunos visitantes el paseo era un placer más importante que el baño mismo, ya que, una vez tomados los baños, se vestían enseguida, no tomaban el sol ni se tumbaban en la arena, andaban, se sentaban o se iban de la playa. El acondicionamiento de un lugar reservado a los paseantes llegó a ser una prioridad para las autoridades municipales. El frente de mar vino a ser así una forma urbana original contemporánea de las primeras instalaciones turísticas cuya configuración era función de las condiciones naturales del litoral. El frente de mar de Biarritz fue difícil de realizar debido al trazado mismo de la costa, en la que se alternan ensenadas, acantilados y cabos, siendo el conjunto sumamente atractivo. El acondicionamiento esencial se hizo, como cabe suponer, durante el Segundo Imperio.

Desde 1846 el Ayuntamiento se centró en el Puerto Viejo, que fue vaciado de rocas y protegido con muros de sostenimiento. Y como los

⁵ A. GERMONG DE LA LAVIGNE, *Autour de Biarritz*, Hachette, Paris, 1858. En este sentido, no se puede comparar Biarritz con San Sebastián, donde su ensanche se hizo en el marco de un riguroso plan.

⁶ V. HUGO, *op. cit.*

visitantes no se conformaron con simples senderos a lo largo del frente de mar entre la Côte de l'Impératrice y el Puerto Viejo se tuvo que construir una carretera para coches, para lo cual fueron necesarias grandes obras, así como la ayuda financiera del emperador. Las hondonadas fueron rellenadas y el muro de sostenimiento del Puerto de los Pescadores fue levantado de una parte y de otra de la ermita de Santa Eugenia. Los jardines, ocupados fundamentalmente por hortensias y tamarices, especies que parecían resistir mejor que otras los embates del viento, completaban el atractivo del frente de mar. También en este caso los turistas jugaron un papel fundamental, ya que se quejaban de la falta de vegetación en el paseo. Fueron adecuados lugares de descanso y se instalaron bancos «sur les points les plus pittoresques des falaises de façon à réserver aux promeneurs l'abri des rayons du soleil pendant les fortes chaleurs de la journée et jouir, à l'ombre, de la vue et de la brise de la mer»⁷. El frente de mar llegó a ser un lugar propiamente urbano, al tiempo que ofrecía una vista pintoresca y todo un espectáculo para los que andaban por él, ya que los paseantes eran personas que se vestían bien, se observaban y se sabían observados. Para terminar el frente de mar, el enlace con la Côte des Basques encontró mayores dificultades. Fue necesario llegar a construir un puente, después de haber hecho desaparecer unas rocas, a fin de crear un paso permanente para acceder al llamado muelle de Napoleón, construido a lo largo de las faldas del acantilado hasta el establecimiento de baños. Mientras, una carretera (la actual Perspective Miramar) fue construida en lo alto del acantilado.

Para completar el acondicionamiento del frente de mar Napoleón III decidió la creación de un puerto de refugio. Se trataba de favorecer la unión entre los distintos islotes rocosos existentes mediante diques para crear una cubeta de agua capaz de albergar los barcos. Su realización requería importantes obras de construcción de muros de sostenimiento, la apertura de dos caminos de acceso, así como la perforación de dos túneles. En fin, se construyó un varadero de embarque y dos dársenas para recibir el material naval durante las obras. El primer dique, de 133 metros de longitud, necesitó la perforación de un túnel bajo la Atalaya y el tendido de un puente hasta el peñón de Cucurlon, que fue también perforado y sobre el cual, por iniciativa de un propietario biarrot, se erigió el 11 de enero de 1864 una estatua de la Virgen. Pero la solidez del dique no se reveló suficiente para resistir la fuerza de las olas, siendo así

⁷ Archivo Municipal de Biarritz: Deliberaciones del Consejo, 10 de febrero de 1863.

que varias veces fue dañado e incluso parcialmente destruido en 1872. Las obras de la gran escollera fueron finalmente abandonadas y las del Puerto de los Pescadores terminadas en 1874. Del proyecto, más quimérico, subsisten principalmente el túnel y la pasarela que da acceso al peñón de la Virgen, que se ha convertido en uno de los emblemas de Biarritz.

3. Las estaciones y los días

«Le mois de juin, Biarritz se peuple d'une nouvelle et nombreuse population qui vient lui demander distractions et santé... alors toutes les nations s'y donnent rendez-vous et toutes les conditions se coudoient sans dire gare. Alors, c'est le mouvement, la vie, le bruit qui succèdent au silence et au sommeil des longs jours de l'hiver... ici je vois le lord anglais promener gravement auprès du boyard russe et du gentilhomme espagnol; plus loin des représentants de notre belle aristocratie française se confondent avec des représentants des beaux-arts du commerce et de l'industrie... Enfin, pour mettre plus de variété dans le tableau, ici le paysan... heurte le haut baron... quelques familles de bons bourgeois bayonnais qui, après s'être décidés... à quitter pour douze ou quinze jours... s'en allaient demander au tranquille village repos, distractions ou santé. Chacune de ces familles avait à Biarritz sa maison attitrée, ses bonnes vieilles connaissances du lieu qui, pour un prix modique mettaient à sa disposition quelques chambrettes»⁸.

La Corte se instalaba durante treinta o cuarenta días en julio primero, en agosto y septiembre después y finalmente en septiembre y octubre. El primer visitante de rango llegó a Biarritz en 1857 y fue el rey de Wurtemberg. El rey de los belgas estuvo en varias ocasiones, pero probablemente más para entrevistarse con el emperador que para tomar los baños de mar, habida cuenta que Ostende era ya para aquella época una estación balnearia reputada. Le siguieron otros príncipes de rango medio que también acudieron a Biarritz. En 1865 la reina de España, Isabel II, devolvió al emperador su visita, como vecina y como soberana. Entre las personalidades que pasaron por Biarritz sobresalen los Metternich, el príncipe de Mónaco, etc., pero, sobre todo, Bismarck, quien estuvo en cinco ocasiones, sabiéndose que las razones políticas no fueron

⁸ I. LAGARDE, *Une saison d'été à Biarritz, 1859*, Lavielle éd., Anglet, 1992, p. 176.

siempre las verdaderas causas. En efecto, estuvo en Biarritz para encontrarse con la princesa Orloff, esposa del ministro de Rusia en Francia, aunque no faltaron tampoco los encuentros y entretenimientos con Napoleón III. Los unos y los otros veían en Biarritz la ocasión para el descanso, sin que nadie llegara a olvidar totalmente los deberes de su cargo.

El flujo de personas, a menudo de alto rango y de costumbres aristocráticas o burguesas, atrajo a otros visitantes deseosos de codearse con ellos. La clase más numerosa, que formaba la mitad de los visitantes, era aquella que tenía un cierto nivel económico. Un tercio estaba formado por gentes modestas que venían para descansar de su trabajo o para aliviar o curar alguna enfermedad. Entre el primero de junio y el quince de octubre de 1858 fueron 8.041 las personas que se alojaron en Biarritz, siendo los franceses 6.787 (84%, de los cuales más de la mitad venía de lejos) y 1.254 ingleses, españoles, rusos, latinoamericanos, etc. (16% del total).

De forma general, la vida balnearia discurría entre el goce y el reposo. El día se dividía entre baños, paseos y excursiones por los alrededores. La noche transcurría en el casino o en los hoteles.

Los baños de mar estaban regulados. Los bañistas de ambos sexos debían cambiar sus vestidos de ciudad por los de baño primeramente en las barracas habilitadas, después en los establecimientos de baños. Los hombres debían utilizar un traje largo que debía llegarles hasta las rodillas. Las mujeres no podían acercarse al mar si no era con vestidos de color, no transparentes y provistas de un pantalón y de una falda. Ellas podían solicitar ayuda, concretamente de los bañeros. Estos guías bañeros, quienes a menudo eran marinos de profesión, no podían conducir a la mar a más de una persona a la vez. «Hommes et femmes ont adopté un costume pour lequel la pruderie la plus scrupuleuse ne pourrait rien objecter mais qui varie de telle sorte qu'il s'accorde au goût individuel. Les dames baigneuses se tiennent main dans la main et n'ont que rarement recours à l'aide d'un chevalier attentif»⁹.

Por lo demás, desde una perspectiva meramente terapéutica, los baños fueron abandonados progresivamente. A pesar de que no se pudieran tomar más que los baños de ola, la playa más frecuentada fue en lo sucesivo la denominada Côte de l'Impératrice, porque era vecina de Villa Eugenia. La emperatriz utilizaba un pabellón blanco y rosa a grandes

⁹ Ch. PACHE, *A guide to the Pyrénées*. Longmans Gree and Co, London, 1867. 2.ª ed., p. 210.

bandas, al cual ella accedía por una plataforma en forma de galería cubierta de un toldo de tela. El emperador, por su parte, se bañaba en medio de la muchedumbre, sin protocolo. «C'est là lorsque la marée est propice à la baignade que vous rencontrez tous ceux qui sont en villégiature. C'est l'usage pour les baigneurs des deux sexes de se promener en costume de bain avant d'entrer dans l'eau. La scène est très française et très curieuse... La grande différence entre la vie sociale des Anglais n'est nulle part ailleurs aussi apparente que dans une grande station balnéaire. En Angleterre nous allons généralement au bord de la mer pour jouir du repos et de la tranquillité... alors que notre reine se retranche à Osborne, se déroband de toute manière au regard public; Napoléon III et son épouse l'impératrice vivent à Biarritz à la vue totale de tous ceux qui veulent bien suivre leurs mouvements»¹⁰. El Puerto Viejo era muy utilizado por todos aquellos que querían nadar, pero había perdido su prestigio. Las playas estaban llenas de gente, habiendo numerosos bañistas y una gran cantidad de espectadores.

En este sentido, es también considerable la diferencia con San Sebastián, donde los bañistas utilizaban, como en las playas del norte, «des cabines en bois et de couleurs vives (qui) sont amenées près des flots... montées sur quatre roues pleines et larges qui les empêchent de s'enfoncer dans le sable. On y attelle, quand la mer baisse, une paire de bœufs qui les tirent jusqu'au bord de l'eau et les ramènent à marée montante...ce village mobile, aux maisons de bois, se divise en deux quartiers: celui des dames et celui des deux sexes... Des canots montés par des mains expérimentées exercent une surveillance active...Des baigneurs et des baigneuses, habiles nageurs, portent ou accompagnent des enfants, les vieillards et les personnes dont les forces et la santé laissent à désirer...la cabine royale est installée tous les jours; c'est une belle construction...formée de deux pavillons polygonaux... on l'a placée sur des roues qui glissent le long de quatre rails prolongés jusque dans l'eau...»¹¹.

Los días se pasaban también dando paseos por los alrededores y haciendo visitas o excursiones. Era la Corte la que daba el tono. Era la que hacía excursiones por el mar, navegaba por el Adour, se adentraba en el interior hasta Cambó o ascendía al monte La Rhune. A veces acudía a una corrida de toros en Bayona o se desplazaba hasta San Sebastián. Y

¹⁰ R. WELD, *The Pyrénées, west and east* London, Longman and Robert, London, 1859.

¹¹ Z. LEIZAOLA, *Saint-Sébastien et ses environs. Guide illustré. Saint-Sébastien*, J. Baroja et Fils éd., San Sebastián, 1900.

siguiendo este ejemplo, todos los visitantes alojados en Biarritz hacían lo mismo. Durante la noche la vida se replegaba a los hoteles y a las casas o al casino. Este abrió de julio a octubre hasta que la colonia inglesa obtuvo de las autoridades municipales la autorización para utilizarlo durante la temporada de invierno para conferencias, conciertos, vales y representaciones teatrales. Durante la sesión de verano una orquesta llegada de París tocaba cada noche toda clase de estilos, desde vales a mazurcas, pasando por sinfonías y música religiosa. Allí se representaban también obras de teatro y se organizaban bailes, donde surgieron famosos directores de orquesta, sobresaliendo entre todos ellos Emile Waldteufel, director de orquesta del emperador y quien compuso en Biarritz la mayor parte de sus célebres vales.

Desde el Segundo Imperio así transcurrían los días de las personas que practicaban el veraneo, se «construían» sitios (las playas, el frente de mar, los hoteles y el casino, la plaza de toros, etc.) y sobresalían lugares (La Rhune, San Sebastián, etc.) que después fueron los más frecuentados.

Ahora bien, el fenómeno del veraneo en la Côte Basque no sólo afectó a Biarritz, ya que se extendió igualmente por los pueblos costeros próximos, como fue el caso de San Juan de Luz, menos ruidoso y, según algunos contemporáneos, menos dañado por el turismo que Biarritz. En su caso, la transformación resultó modesta en comparación con esta última. Guéthary, localidad que sólo contaba con una cincuenta de casas, inició también su mutación y atrajo, sobre todo, a personas más modestas económicamente hablando, encantadas por ser un pueblo pintoresco y tranquilo y por poseer, además, según los ediles locales, una «playa incomparable». Con el incremento del número de bañistas, el pequeño puerto de pesca declinó y la localidad se centró cada vez más en la acogida de visitantes. En cuanto a Hendaya, franceses y españoles la visitaban a veces para bañarse en su playa, pero entonces no sufrió aún transformación alguna.

Conclusión

El ascenso de Biarritz como lugar turístico es ejemplar. Como en las otras grandes estaciones balnearias, la orientación hacia el turismo fue progresiva. Biarritz se benefició fundamentalmente de la suma de tres elementos de origen exógeno, a saber: el desarrollo de un verdadero fenómeno social, la instauración del Segundo Imperio y la llegada del ferrocarril. Pero no hay que menospreciar tampoco la adhesión de

la sociedad local a través de sus realizaciones y acogida. Por su anterioridad y su preeminencia, Biarritz ejerció durante mucho tiempo una gran influencia sobre las estaciones balnearias próximas, incluida San Sebastián.

El fenómeno estuvo tan sólidamente asentado que ni la ausencia de los soberanos en 1869, ni los años de crisis vividos durante la guerra franco-prusiana de 1870-1871, ni la caída del Segundo Imperio en Francia, ni el período turbulento que se vivió en España primero durante la Primera República y después durante la Segunda Guerra Carlista pudieron frenar el desarrollo de Biarritz. El Segundo Imperio se muestra, pues, como un período fundamental para Biarritz, hasta el punto que ha eclipsado injustamente los años precedentes, en los que se había empezado a impulsar ya el turismo, y los años posteriores, que sirvieron para consolidar el fenómeno turístico en Biarritz y para constituir lo que se va a conocer como la Côte Basque¹².

¹² P. LABORDE, *Histoire du tourisme sur la Côte Basque*, Atlantica, Biarritz, 2001.